rasgo característico de esta tierra, donde la poesía brilla como reflejo humorístico de los propios supersticiosos miedos y de los dolores y privaciones de la vida aldeana. Porque bien mirado ¿hay condición más triste, más verdaderamente dolorosa, que la de la mujer anciana en nuestras aldeas? El labrador viejo luce el acopio de su experiencia, la autoridad lograda en la familia, el vigor adquirido en la larga práctica de las faenas agrícolas: así es que la musa popular apenas se ensaña con él: dos ó tres alusiones picantes á las dificultades que encuentra el viejo novio para encaramarse al tálamo la noche de bodas, es cuanto le toca de sátira en todo el *Cancionero*. Pero ¡la vieja! La vieja, en otro tiempo, fué virgen, fué esposa, fué madre; su organismo se gastó y se acabó en los trabajos de la maternidad y de la lactancia unidos á las rudas tareas de dueña de casa y labradora: ahora ya no tiene atractivos femeniles, ni casi figura humana; es un tronco de árbol, un haz de raíces, unas carnes momificadas y denegridas, que curtió el sol y, como dice la copla, oscureció el polvo de la era; sus pechos están flojos y agotados, su cabeza temblona, sus manos parecen sarmientos secos por la invernada..... ¿Qué le resta? Acurrúcase junto al fuego, estorbosa é inútil, como mastín que perdió los colmillos, pelado ya por la senectud. El labriego no estima (y de ello

hay en el *Cancionero* numerosas pruebas) sino á la mujer joven, fresca, y que puede ser fecunda: discípulo de la naturaleza, sólo aprecia al individuo en cuanto concurre á la propagación de la especie: claro que esta idea no la define, pero se guía por ella, y su reflejo se ve en las coplas amorosas: todas encarecen á la *rapaza*, á la *nena bonita*, á la moza, en fin, que atraviesa el corto verano amoroso concedido á la gente labradora. Es un verano más breve que el polar: la belleza de la campesina se marchita rápidamente, en su dura vida: para ella no existe segunda juventud, la edad en que la mujer alcanza pleno desarrollo físico y afectivo: así es que el poeta anónimo que compuso las coplas amorosas del *Cancionero*, habla siempre de las *nenas* y ni aun sospecha que al marchitarse la frescura de los primeros años pueda ser la mujer pretendida y requebrada. De aquí toma el *Cancionero* un elemento de moralidad, revelando lo que puede notar cualquiera que observe de cerca á la gente campesina: y es que cumple el programa señalado por Rousseau á los pueblos que han de preciarse de buenas costumbres: las solteras son libres, fieles las casadas. Apenas se encuentra en el *Cancionero* alguna que otra alusión al rompimiento de la fe conyugal: y la más clara va seguida de amargo reproche dirigido por el mismo amante:

Para que me das o sí,
treidora, sendo casada;
para que me das o sí
non che valendo de nada.

En efecto, todos sabemos que en nuestros campos el desliz de la moza soltera es moneda corriente y se le atribuye escasísima importancia, mientras escasean bastante los casos de adulterio. Hay más. Diríase que una idea, procedente tal vez de las antiguas creencias panteístas y naturalistas que tan hondas raíces dejaron en el corazón y en el entendimiento de los gallegos; una idea hermana acaso en su origen de la preocupación que hace considerar aquí en la Mariña sacrilegio y profanación horrible el enturbiar una fuente, existe en el cerebro del aldeano respecto á la virginidad: idea absolutamente contraria á la que entre las clases superiores ha ido aclimatando el cristianismo. El labriego—anticipándose sin saberlo al modo de pensar de un flamante sociólogo francés—asimila la virginidad de la mujer á la esterilidad de la tierra. En esta región, tan necesitada de brazos por los muchos que le roban la emigración y las quintas, la prole es la riqueza del colono, su esperanza, su ayuda. El padre campesino ve con tranquilidad lo que sería mortal afrenta y deshonra cruelísima para el ciudadano, y deja crecer gustoso bajo su techo los nietezuelos sin padre legal. El mozo casadero no pone tacha á

la moza que ya ha sido madre dos ó tres veces, y hasta se dan casos de que la probada fecundidad sea recomendación y garantía para lo futuro. Excepciones hay, sin embargo, á esta regla, y en el mismo *Cancionero* podemos encontrar alguna copla severísima acerca de la honra de la soltera. Yo no sé explicar este contraste, que existe y que nadie ignora, sino imaginando que en la oscura conciencia del labriego batallan las ideas religiosas tradicionales, los viejos paganismos mamados con la leche y respirados con el aire, y las enseñanzas evangélicas, que acaso por su misma elevación y austeridad penetran difícilmente en su alma.

Podría también dar alguna luz y confirmar esta apreciación el advertir en el mismo *Cancionero* que al lado del tipo grotesco de la *vieja*, hay otro casi tan maltratado por la musa popular: el del *clérigo*. El *crego* posee sección especial en el *Cancionero*, y la risa que le fustiga y muerde en tanto cantar soez es más acerba, más mofadora que la suscitada por las flaquezas póstumas de la vejezuela.

O crego foi ô muiño
e cayéu d'a ponte en baixo:
acodide ô crego, nenas,
que vai pol-o río abaixo.

Esta cantiga es de las más decorosas y blandas entre las innumerables que inspira el clérigo:

¡cuántas cosas revela, no obstante! ¡Qué elocuente y clara vemos la ironía del poeta popular, desahogando en un minuto de inspiración satírica la envidia y los celos condensados en su corazón! El mozo improvisador se representa al clérigo yendo al molino—todos saben á qué suele ir la gente moza á los molinos por acá—y fantasea el gustazo que sería empujarle y que cayese desde la puente al río. Él se cruzaría de brazos y le dejaría á merced de la corriente, pero para acibarar más el sarcasmo, llamaría á las *nenas* diciéndolas que acudan á su favorito. Porque ahí está el secreto de la copla. El mozo aborrece al clérigo recién venido del seminario, que con su alzacuello limpio, sus manos blancas y suaves, su autoridad de persona educada y de señor moral de la parroquia, se lleva los ojos y el corazón de las muchachas, inconscientemente sacrílegas y dispuestas,—merced á la fascinación que ejerce sobre la mujer el hombre perteneciente á una clase superior—á desairar por él á los más majos y quimeristas galanes. Y no bastándole la venganza del río, al encelado poeta, aun busca otro dardo en su carcax y lo arroja con mano sañuda:

O crego d'a miña aldea
trai a levita rachada,
que ll'a racharon as nenas
un día n-a foliada.

Á veces, cuando el mozo pide celos, la mu-

chacha enamorada coje el pandero y le satisface contestando:

O cura chamoume rosa,
eu tamén lle respondín:
d'estas rosas, señor cura,
no-n-as hai n-o seu xardín.

Pero las coplas más crueles, donde la irreverencia instintiva del pueblo se explaya, son otras, que no todas han encontrado cabida en el *Cancionero,* y glosan con sangrienta burla la intimidad del *crego* y del ama—una de esas facecias vinculadas ya al fondo común del humorismo popular.—¿Por qué motivo, después de la vieja, ha de ser el clérigo el personaje comentado y puesto en solfa en las canciones aldeanas? Yo no llegaré á sostener que todos los párrocos rurales son perfectos, ni mucho menos; pero afirmo sin temor de que nadie me desmienta con pruebas, que entre el clero parroquial hay muchas excelentes personas, y que, aun sin ser modelos de pureza y unción evangélica, abundan los clérigos bondadosos, serviciales para sus feligreses, que tienen disponible el duro prestado sin réditos, el pedazo de unto para el caldo, el grano para la sementera, el consejo prudente, la buena enseñanza. Si el pueblo reservase el látigo satírico para los que lo explotan, desangran y oprimen, habría cantares para rato sobre caciques, secretarios, alcaldes de monterilla y procuradores endiabla-

ese olor de tierra removida que me cautiva en Valentín Lamas: Losada ve bien con los ojos al aldeano, le pinta como colorista perfecto, lo comenta con chuscada y picardía incomparables, pero tiene siempre el alma urbana, culta, del hombre que ha corrido países, galanteado damas, alternado en sociedad y hecho en suma la vida artificial del ser muy civilizado. Valentín Lamas cala más hondo, cuando acierta á calar, en lo íntimo del labriego. No importa: ello es que Losada, contando cosas de aldea, derrama sales y es capaz de hacer reir á un difunto.

¿Quién como él para esbozar el *oaristis* del atrevido mozo y de la *nena* más ó menos inocente y cándida? El idilio es fresco como el agua de la *cunca* que el galán pide á la doncella. ¿Qué más donoso paso que el de *Boa feira?* Hay que leerlo, y leerlo en dialecto, para apreciar lo acabado de tan primoroso cuadrito de género: citar sería mutilarlo, y contar la historia no da idea de su atractivo. Una observación de pasada. Los gallegos, que yo sepa, no gozan fama de graciosos, antes se les tiene en general por apagados y rudos; y sin embargo, á mí se me figura que es la nuestra una de las razas peninsulares que poseen más intuición de lo cómico y más aptitud hasta para la hipérbole jocosa, según notaré al hablar del *Cancionero popular,* coleccionado por el Sr. Ballesteros. Lo

que falta al gallego es eso que suele entenderse por *chispa,* y que en efecto se asemeja á chisporroteo superficial, la viveza de pájaro y la ligereza de sangre que distinguen al hombre del Mediodía: el gallego rumia lentamente la burla, y la suelta cuando ya está bien mascada, con aparente sencillez é inocencia, que redoblan su efecto.

Saturadas de malicia ingenua y de solapada ironía, bien traducen algunas poesías de *Soazes* el carácter del país; é interpretan con no menor fidelidad el sentir labriego otras donde, sin meterse con Dios ni con los santos de la corte celestial, de soslayo y como quien no quiere la cosa, se satirizan prácticas é instituciones de la Iglesia; todo ello mezclando la humildad y la mofa, con sonrisa del viejo *patrucio* ladino que se rasca la oreja antes de contar, con mil circunloquios, escandaloso cuento. Á esta clase pertenecen *¡Quen fora frade!* y *A feira n'o adral.* Por cierto que el abuso consuetudinario censurado en esta última, tiene para mí más de curiosa é interesante práctica, que de grave delito. La mayor parte de las cosas en el mundo son buenas ó malas, según el modo, tiempo y lugar, y lo que no escandaliza en Madrid puede ser pecado gordo, para el sentir general, en una capital de provincia, y viceversa: acciones sencillas é indiferentes entre labriegos, se pasarían de feas é indecorosas entre gente urbana. Si la

requisitos indispensables para la boda: la hormiga da el pan, el mosquito sale por detrás del lagar ofreciendo vino, el gallo se brinda á oficiar de gaitero, y el gato de tamborilero: el ratón y la rata, asomándose fuera de su agujerito, se disponen á servir de padrinos: pero la alegría general se convierte en duelo, y la boda de los insectos no se verifica, porque el tamborilero atrapa al padrino y se apresta á merendarlo!

Humildes héroes son los de este gracioso poema, mas no olvidemos que Homero no se desdeñó de cantar la lid de las ranas y los ratones, y si se nos ocurre protestar, con la delicadeza de nuestros sentidos para quienes es repugnante hasta el nombre de los novios, recordemos que siempre han tenido carta de naturaleza en la poesía, y pensemos en ciertas muestras de cariño que, según el antiguo romance, prodigaba la Cava nada menos que al rey don Rodrigo. El pueblo se ríe de enemigos que no logra exterminar, y canta sus parásitos, las desazones de su epidermis, con el mismo énfasis con que un poeta culto de los antes llamados *subjetivos* referiría, entre dolorido y escéptico, el hastío que le entenebrece el corazón.

Yo no sé si á mucha gente de Galicia le sucederá lo que á mí recorriendo este *Cancionero:* evocar toda la vida del pueblo, en su integridad, en su riqueza de sentimientos y de ideas,

en su círculo limitado, pero lleno de color y de realidad, que hace del libro un tesoro para el Folk-lore general, y un archivo de preciosos *documentos humanos* sobre una raza de gran originalidad psíquica. Si no se impusiese la necesidad de limitar las proporciones de este estudio, confieso que cedería gustosa á la tentación de ver reflejadas en el caprichoso riachuelo de la poesía popular toda la naturaleza y toda la fisonomía de mi tierra,—sus ideas científicas, su total concepto de la vida, del mundo, su curioso dualismo en religión, sus especiales aptitudes estéticas que, como las del pueblo ruso, aunque menos acentuadas acaso por razón de la mayor benignidad del clima, pueden referirse sobre todo á dos direcciones: melancolía y sátira.—Me agradaría ir eligiendo, entre las poesías que encierran estos tres tomos, las que en mi opinión tienen remotísimo origen y pertenecen al fondo tradicional donde se funden creencias y mitos traídos de lueñes tierras por las razas emigrantes, y también me agradaría poner de relieve en alguna de esas coplas la concisión admirable, que he juzgado cualidad superior de la inspiración popular, en la cual vence al poeta culto; y no sólo en el sentimiento, sino en el pensamiento reflexivo, citando para muestra una coplilla que encierra en su reducido espacio la famosa teoría de la *circulación de la*

vida que expuso en grueso librote el sabio Moleschott.

Eu pídoll'o leite â vaca,
A vaca pídem'a herba;
Herbiña lle pido ô prado,
E o prado pídeme rega.

Ó en término no menos breve, encerrada una de las fábulas más célebres de Lafontaine, *La cigale et la fourmi,* resumen de la previsión rural:

Miña comadre formiga,
Veño á que me preste pan.
—Meu compadre escarabello,
Travalleino po-lo vran.

Pero si este detallado análisis, que el *Cancionero* merece de veras, no puede caber aquí y reclama algún aparato de erudición y un detenimiento concienzudo, por lo menos no quiero dejar en el tintero la observación de que si las coplas ofrecen más de una deliciosa sorpresa al que las repasa, todavía es mayor el encanto de varias *muiñeiras, diálogos* y *enchoyadas,* donde en campo más vasto, con más amplitud y holgura, se derrama la sal del ingenio labriego, tan sabrosa para nuestro paladar. Cuéntanse entre éstas, verdaderos poemitas, á los cuales presta singular animación el ritmo, que es todo él un salto, un arrullo, una especie de armoniosa carcajada semejante al repique del pandero ó al sonoro choque de las *postizas;* y hay alguno tan poético y suave, que á no ser por ciertos deta-

lles característicos, se creería obra de un poeta culto: por ejemplo, aquél que empieza:

Has de cantar—â veira d'o río
ô son d'as oliñas—de campo frorido.....

Alguien ha dicho que en la poesía popular, lo del pueblo no es bueno y lo bueno no es del pueblo. Para justificar esta opinión convendría ponerse de acuerdo acerca de lo que se llama *pueblo.* Así como sucede que en los antiguos *Cancioneros* que encierran poesías de poetas eruditos se cuenta entre estos poetas á algunos procedentes de las clases más bajas, sin que por eso sus versos puedan calificarse de populares, tampoco es imposible que un poeta perteneciente á las clases acomodadas y distinguidas de la sociedad, llegue por exquisita intuición estética, á impregnarse del sentimiento del pueblo y á producir algo que se confunda con lo que el pueblo elabora. Así por ejemplo, entre nosotros, Rosalía Castro, al parafrasear los cantos populares. Mas dejando aparte estas circunstancias, siempre accidentales, yo opino, después de leer este *Cancionero* y de reflexionar en cómo ha sido recogido, que no se puede negar razonablemente la elaboración poética propia del pueblo. En las fiestas patronales, en las animadas *deshojas,* en los paliques y en los diálogos de pullas y desafíos que de un extremo á otro de la era se cruzan y que es fácil presenciar con

poco que se viva en el campo, puede el más escéptico asistir al nacimiento de esa poesía rústica y tosca como el pan de maíz, como él de grato sabor á veces. Juzgo que no sólo el pueblo elabora poesías, sino que de él proceden los elementos que más tarde ha de utilizar el excelso artista en cuya fantasía se concentre la luz de la inspiración. Si no pudiésemos asistir hoy á la formación de las islas madrepóricas ¿creeríamos que ese diminuto organismo era capaz de alzar la mole de un vasto continente? Cuando ya está alzado, propendemos á imaginar que existió así desde el comienzo de los siglos. Es menester que demos de mano á esa preocupación. Los elementos, las nociones primeras del arte, lo mismo que de la filosofía y de la ciencia, están en el pueblo, entendiendo por pueblo sobre todo la gente campesina, próxima á la naturaleza reveladora, en quien no ha ejercido su efecto desastroso y desflorador la media cultura, la instrucción barata, la lectura de periódicos y las ideas y los raciocinios manoseados de café, teatrillo, casino y figón. Un paisano de cerebro fresco, ó un *burgués* de cerebro afinado: esto es el poeta popular ó el poeta culto: no cabe término medio, y el artesano ó el obrero—si no pasan de tales—son radicalmente incapaces de suministrar elementos de poesía.

Mi amigo Ballesteros, que para honra del

Folk-lore gallego y en general del español ha recogido y ordenado el *Cancionero popular*, no se forja la ilusión de haber agotado el tesoro de donde tomó á manos llenas. El *Cancionero popular gallego* es obra que no puede considerarse llevada á término sin presunción é ignorancia, achaques de que no padece el laborioso cuanto modesto colector. De sobra sabe que el pueblo tiene derecho para responder al que imagine que le deja ya exprimido como un limón,

Anque botes e rebotes
E volvas á rebotar,
Inda teño un saco cheo
Outro por encomenzar.

Hablando precisamente de esta infinita riqueza del caudal poético, me dijo nuestro compañero de Folk-lore, Francisco de la Iglesia, el infatigable coleccionista de vocablos gallegos, que él poseía sobre unas mil cantigas diferentes de las contenidas en el *Cancionero*, y también algunas curiosidades, entre las cuales me citó un *mayo* en extremo notable, que parece compuesto cuando Isabel la Católica consumó definitivamente la reconquista. Pues aun sin acudir á ese depósito, que Francisco de la Iglesia debe publicar prestando así nuevos servicios á la filología y á la demografía galaica, Ballesteros podrá tal vez hoy añadir un cuarto tomo, tan nutrido como los precedentes. Pero no es el único mé-

rito que puede contraerse el de la cantidad, y el colector del *Cancionero* ha ganado otros muchos, en la ordenada clasificación, en las discretas notas de carácter gramatical, lexicográfico y topográfico, tan breves como claras y útiles, que enriquecen su obra. Creo que ésta, como la mayor parte de las de su mismo género, será más estimada por algunos sabios extranjeros que por el público español: pero al menos los que nacimos en esta tierra, ¿cómo no hemos de respirar con placer inexplicable el aroma de ese mazo de amapolas, menta, castaño en flor, helecho, hinojo, áspera retama y fresca manzanilla..... ¡el ambiente de nuestros prados y nuestros montes!

FEIJOO Y SU SIGLO

Discurso presidencial leído en el Certamen literario que para solemnizar la erección de la estatua de Feijóo ha celebrado la ciudad de Orense, el día 10 de Septiembre de 1887.